Homilía del Papa León XIV en la Santa Misa en Córdoba (10.Nov.2026)

Queridos hermanos y hermanas:

La confesión de Pedro, que a lo largo de la historia resuena en sus sucesores, nos manifiesta el misterio de Dios revelado en Cristo para nuestra salvación. Un mensaje de salvación que sigue siendo actual y que se apoya en la intercesión de tantos hermanos nuestros en la fe, que ahora nos acompañan desde el cielo. No en vano, la tierra que ahora nos acoge ha sido rica en frutos de santidad; el ejemplo de quienes nos han precedido en este camino nos sigue interpelando a vivir como ellos vivieron y a entregar la vida, como Cristo ha hecho por nosotros y ellos supieron imitar con perfección.

La ciudad de Córdoba, heredera natural de la primera sede episcopal erigida en Argentina, ha sido tierra de santos. Por sus conventos e iglesias, por sus calles y hospitales transitaron hombres y mujeres que, enamorados de Jesús, dieron la vida por el Evangelio. En Argentina vivieron hombres y mujeres, como el Cura Brochero y Mama Antula —por poner solo dos ejemplos—, que fueron llamados por el Señor y enviados a la misión, sin que ellos mismos fueran siquiera conscientes de lo extraordinario que su labor evangelizadora llegaría a ser; porque todos los cristianos somos simples servidores, no hemos de hacer más que cumplir con nuestro deber (cf. Lc 17,10).

Gozoso deber, pues, el de cumplir con la misión que el Señor nos encomienda a cada uno de nosotros. Sí, queridos hermanos y hermanas. Estamos todos llamados a la santidad; en eso consiste nuestra labor en la tierra, en alcanzar la perfecta unión con Dios. Una llamada que, además, siempre es misionera: tenemos que dar a conocer a los demás la belleza que nosotros hemos conocido en Cristo (contemplata aliis tradere). Como cristianos, debemos “enseñar todo lo que es conforme a la sana doctrina” (Tt 2,1).

En este sentido, hago mía ahora también esta exhortación de san León Magno, cuya memoria litúrgica hoy celebramos y a cuya protección me encomiendo: “Reconoce, oh cristiano, tu dignidad, pues participas de la divina naturaleza, y no quieras volver a la antigua vileza con una vida depravada. Recuerda de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro. Ten presente que habiendo sido arrancado del poder de las tinieblas has sido transportado a la luz y al reino de Dios” (Sermón I en la Natividad del Señor, PL 54, 192-193).

No hay mejor modo de enseñar que dando ejemplo con la propia vida, pues "el mundo espera de nosotros un compromiso de vida y un testimonio de oración" (S. Juan Pablo II, Homilía, Estadio "Vélez Sarsfield" de Buenos Aires, 10 abril 1987). Esto exige una adhesión total a Jesucristo, sin fisuras. Este es el testimonio de los santos y es algo que nos hace vivir con esperanza, aún en medio de la dificultad.

Hoy, desde Córdoba, centro geográfico del país, queremos dar gracias a Dios por los diversos frutos de santidad de personas enviadas por el Señor a esta tierra argentina, que nacieron en ella o que aquí vivieron gran parte de su vida. Así como las sierras cordobesas se distinguen por la belleza y variedad armoniosa de sus formas y tonalidades, también los santos y beatos se caracterizan por haber recibido carismas y misiones diferentes. Son una muestra polifónica de la vocación universal de todo bautizado a la santidad, es decir, a la conformación con Cristo.

En el rostro de los santos con acento argentino destaca la unidad entre pasión por el Evangelio y compromiso en la construcción de una patria fraterna y solidaria. Todos ellos supieron asumir los desafíos del propio tiempo histórico y lo transformaron en oportunidad de anuncio de la Buena Noticia, no en abstracto sino conformando su vida para lograr ser testimonio creíble y eficaz del amor de Cristo.

Hagamos memoria agradecida, en primer lugar, de san José Gabriel del Rosario Brochero. Este sacerdote fue un verdadero enamorado del Señor, que supo encontrar en la oración la fortaleza de su vida. Los Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola cambiaron su existencia para siempre y la configuraron con Cristo, haciendo realidad lo que hemos rezado con el salmo responsorial: "Confía en el Señor y practica el bien" (Sal 36,3). Solo quien ha conocido la amistad con Jesucristo es capaz de emprender esa tarea apostólica; solo quien se sabe amado por el Señor es capaz de extender su reino de caridad y justicia, gastando las propias fuerzas en el anuncio del Evangelio, sin más armas que el crucifijo y el santo rosario.

También cautivada por la espiritualidad ignaciana, María Antonia de Paz y Figueroa supo aunar la contemplación con el auxilio al prójimo. Ella reconoció que el mejor ejercicio de caridad para con el otro es acercarle a Dios. Como

nos recordaba Francisco, mi venerado Predecesor, los pobres tienen necesidad de Dios y de gente que exprese con su vida la fuerza del amor cristiano (cf. Mensaje para la III Jornada Mundial de los Pobres, 13 junio 2019, 8). Interpelada por la misma inspiración, Mama Antula recorrió incansablemente el suelo de esta patria para mostrar a tantas personas el camino hacia el cielo. De hecho, su máxima fue la de andar hasta donde Dios no es conocido, para darlo a conocer.

Dos santos, dos ejemplos, dos formas de identificarse con Cristo, que Él mismo hizo surgir en esta región, desde la cual hoy le damos culto.

Junto con ellos, damos gracias a Dios también por los mártires, que confesaron su fe hasta entregar su propia vida, como san Héctor Valdivielso Sáez y los beatos martirizados en la Guerra civil española y en las provincias argentinas de La Rioja y de Salta.

Agradecemos al Señor el regalo que ha hecho a la Iglesia dándole pastores según su corazón, como los beatos Fray Mamerto Esquiú y el Cardenal Eduardo Pironio.

Una nota especial de gratitud la dedicamos a la vida consagrada, con fundadoras de congregaciones, como santa Nazaria Ignacia y las beatas María del Tránsito Cabanillas y Catalina de María Rodríguez; y otras tantas religiosas dedicadas con ardiente caridad a la educación de los niños y a la atención de los enfermos, como las beatas María Ludovica de Angelis y Crescencia Pérez.

Además, el Pueblo fiel de Dios se alegra por los seglares que, habiendo recibido el anuncio del Evangelio, vivieron la vocación bautismal en plenitud, amando a Dios y a los hermanos en la sencillez de lo cotidiano, como san Artémides Zatti y los beatos Ceferino Namuncurá y Laura Vicuña.

Queridos hermanos y hermanas, todos estos santos y beatos ya han cumplido su misión en la tierra. Hoy nos toca a nosotros seguir la luminosa estela de santidad que nos han dejado. Celebramos esta Santa Misa por la santificación del pueblo argentino, por la santificación de todos ustedes. Abran sus corazones y, con la gracia de Dios, ¡vayan y sean santos! (cf. 1 Ts 4,3): en la escuela y en la plaza, en la familia y con los amigos, en el campo y en la ciudad, en el tambo y en la oficina. ¡Vayan y evangelicen!

En esta celebración nos preside la imagen del Cristo pobre, que el propio Cura Brochero mandó tallar desde el lecho del dolor y en cuyo rostro han quedado plasmados artísticamente los rasgos de este pueblo. Dejémonos interpelar por su mirada y, a la sombra de su cruz, encontraremos la salvación y la vida, el camino para nuestra propia santificación. Pido a Dios, por intercesión de san León Magno, que nos continúe bendiciendo y nos dé la gracia de confesar siempre: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo” (Mt 16,16).